***ANA MARÍA MATUTE***

Autora de numerosos libros de relatos. Obtuvo los más importantes premios literarios que de España. Su obra traducida a una docena de lenguas, se califica por los críticos como literatura social.

***ENVIDIA***

Martina, la criada, era una muchacha alta y robusta, con una gruesa trenza, negra y luciente, arrollada en la nuca. Martina tenía los modales bruscos y la voz áspera. También tenía fama de mal genio, y en la cocina del abuelo todos sabían que no se le podía gastar bromas ni burlas. Su mano era ligera y contundente a un tiempo, y más de una nariz había sangrado por su culpa. Martina tenía la fuerza de dos hombres, según decía Marta, la cocinera, y el genio de cuatro sargentos. Por ello, rara era la vez que los demás criados mantenían conversación con ella.

— Por tu genio no tienes amigas ni novio — le decía Marta.

— Ni falta que me hace — contestaba Martina. Realmente, hacía pensar que se bastaba a sí misma y que de nada ni de nadie necesitaba.

Yo estaba convencida de que Martina estaba hecha de hierro. Como yo lo creían todos, hasta aquel día en que en víspera de la Navidad, en la cocina hablabamos de sentimiento de la envidia.

— Mala cosa es — dijo Marta, al fin de todos —. Pero bien triste, y cierto también que todos nosotros hemos sentido envidia alguna vez.

Todos callaron y quedaron pensativos. Yo, como de costumbre, asistía de escondidas a las reuniones.

— Menos Martina —dijo Marino, el mozo.

Todos miraron a Martina. Sin embargo, Martina se había quedado pensativa. Marino se envalentó:

— ¿Y cómo, tuviste tú envidia de algo alguna vez?

Todos la miraban con curiosidad. Ella dijo lentamente:

— ¿Y por qué negarlo? Sentí la envidia, es verdad. Una sola vez, es cierto, pero la sentí. Hace mucho tiempo, ¡era yo una zagala!

Pareció que iba a sonreír, pero su boca seguía cerrada y seria. Todos la escuchaban sorprendidos, y al fin dijo:

— Tuve envidia de una muñeca. Nunca hablé de esto, pero todos sabéis que cuando padre se casó con Filomena yo no lo pasé bien.

Marta asintió con la cabeza.

— Fue verdadera madrastra, eso sí. Pero tú siempre te supiste valer por ti misma.

Martina se quedó de nuevo pensativa y el resplandor del fuego dulcificaba sus facciones de un modo desconocido.

— Sí, eso es... eso es cierto. Pero también he sido una niña. ¡Sí, niña y bien niña! Después que padre casó con Filomena, vinieron los hermanos Mauricio y Rafaelín.¡Todo era poco para ellos, en aquella casa...! Yo, en cambio, al trabajo, a la tierra. No me quejo.¡Pero tenía siete años! ¡Sólo siete años!

Al oír esto todos callaron. Y yo sentí un dolor pequeño dentro, por la voz con que lo dijo. Continuó:

— Un día llegaron los del Teatrín... Traían un teatrillo de marionetas. Me acuerdo que me escapé a verle. Tenía ahorrados dos realines, escondidos en un agujero de la escalera... Sí, me gustó mucho. Ponían una función bonita. Pero sí que me acuerdo de una muñeca preciosa — la principal era —, lo más precioso que vi: pelo rubio largo y unos trajes... ¡Ay, que trajes llevaba la muñeca aquella! Y abanicos, y pulseras... ¡Como un sueño era la muñeca! Me gustó tanto que después del espectáculo me metí adentro. Vi que la mujer guardaba los muñecos en un baulito. Y a la muñeca, que se llamaba Floriana, la ponía en otro lado. Le dije: “Señora, ¿me deja usté mirarla?” Ella me miró de arriba a abajo, y por fin dijo: “Bueno, puedes mirarla si eso te gusta”. Tenía la Floriana una maleta para ella sola y, ¡qué de trajes, qué de pulserinas, coronas y abanicos!¡Ay, Dios, un sueño parecía!¡Y cómo vivía aquella muñeca, cielo santo! ¡Cómo vivía!

 Al llegar a casa, la Filomena me esperaba con la zapatilla y me dio buena tunda por la escapada. Me subí al escaño donde dormía, en el jergón de paja. Y me acordaba del fondo del baúl de sedas mullidas, donde dormía la Floriana... A la mañana salí con el primer sol y me fui para el carro de los cómicos, descalza y medio desnuda como estaba y me puse a llamar a voces a la señora. Y en que salió, despeinada y con sueño, le pedí que me llevara con ellos, que, bien lavada y peinada, podía serles como de muñeca.

Marta sonrió y le puso la mano sobre el hombro.

— Vaya, muchacha — le dijo —. No te venga la tristeza pasada. Bien que te defendiste luego. ¡Poca envidia es esa tuya!

Martina levanto la cabeza con un gesto como de espantar una mosca importuna.

— ¡Y quién dice otra cosa! Nadie tiene que andarme a mí con compasiones. ¡Cuántas querrían estar en mi lugar! De envidia estábamos hablando, no de tristeza.

***CONCHA LAGOS***

Ha publicado poemas en los más importantes diarios y revistas españo­las, colaborando también en revistas hispanoamericanas, francesas y por­tuguesas. Muchos de sus poemas han sido incluidos en antologías españolas, hispanoamericanas y extranjeras.

***UNA HORA DE VIDA***

Sonó el teléfono y, aún medio dormido, lo descolgó. La noticia le espabiló.

— Descuida, descuida. Estaré puntual.

Saltó de la cama, calzándose a tientas las zapatillas; a tientas tam­bién buscó el reloj y fue con él hasta la ventana descorriendo un poco las cortinas. “¡No es posible que sea esta hora!”, pensó. Lo retuvo unos instantes junto al oído. “¡Claro!, llegué tan cansado anoche que no le di cuerda”. Volvió junto al teléfono, marcó las tres cifras y esperó sentado al borde de la cama. “Menos mal”, dijo poniendo en hora el reloj. “Pasaré antes por la oficina y escribiré unas cartas. Tengo tiempo”.

Se vistió rápidamente, cogió la cartera y salió a la calle.

Cinco minutos antes de la hora estaba en aquel bar, frente al Parque, donde Arriaga le había citado. Se sentó y pidió un café. Con la prisa, no había tenido tiempo de desayunar; ahora le ocurría con frecuencia. Cada día andaba más agobiado, pendiente del reloj, lleno de papeles; de asuntos urgentes que resolver; pasando sin des­canso de una cosa a otra. Su vida era un agitado ir y venir, una prisa nerviosa, constante, pero no podía quejarse: los negocios prosperaban. En medio de todo tenía suerte. La cita de hoy era importante; en ella iba a quedar resuelto algo que desde hacía meses estaba intentando conseguir. Se bebió el café de un trago y miró el reloj.

“Es extraño que Arriaga se retrase. La junta es a las doce y antes tenemos que cambiar impresiones”. Abrió la cartera y sacó un pequeño bloc. Anotó algo guardándolo de nuevo. Paseó luego la vista por el local, casi solitario a esa hora. Era la primera vez que entraba allí. No tenía nada de extraño, ¡hacía tanto tiempo que no entraba en ninguna parte! De casa a la oficina, de la oficina al banco. Luego las juntas, las visitas, los viajes. Miró el reloj de nuevo. Las once menos cinco. “Este Arriaga... Al menos podía telefonearme”. Su impaciencia iba en aumento. Se levantó. “Le echaré un vistazo a la calle”. El reloj del bar dio en ese instante diez campanadas. El alzó la vista sorprendido.

— ¿Va retrasado, claro?

El dueño y un cliente de la barra consultaron sus relojes. No. No iba retrasado. Le costó trabajo convencerse. Al ponerlo en marcha, adelantó las agujas. “¡Qué estupidez, perder así una hora! Será mejor andar un poco. Aquí encerrado van a estallarme los nervios.” Pagó y se echó a la calle. Casi sin proponérselo, cruzó a la de enfrente y entró en el Parque.

La mañana era apacible, soleada. Primero caminó por el paseo central; luego, indiferente, siguió un estrecho sendero bordeado de un pequeño seto. La arena crujía bajo sus pies. ¿Desde cuándo no pisa­ba un parque? Ni lo recordaba...

De los cuadros, recién regados, subía un olor fresco a tierra húme­da. Desembocóen una plazuela de castaños; en el centro estaba la fuente. El agua, de un verde oscuro por la sombra de los árboles, esta­ba quieta, como dormida. Hubo un tiempo en el que a él le divertía tirar cosas al agua para verlas flotar: hojas, cascaras de naranjas, algún pedazo de madera. Se acercó y estuvo largo tiempo mirándola. Recordó su pueblo, el olor de los tilos, la glorieta y su estanque. Hacía años que todo se había borrado de su memoria y ahora, de repente', lo sentía otra vez próximo. En aquel tiempo sabía el nombre de los árboles, de los pájaros, de los insectos. ¿Cuándo y cómo empezó a olvidar todo?

Se sentó en un banco. Entre las copas de los castaños se veía el cielo de un azul intenso, limpio, sin una nube. Le impresionó aque­lla paz, aquel silencio; era como si el tiempo se hubiera dormido.

Un roce en las hojas le hizo volver la cabeza. Era un mirlo. Si, seguro. Lo había reconocido por su plumaje negro, por el pico amarillo. El pájaro se mecía despreocupado en la rama de un arbus­to. A veces, saltaba a tierra y picoteaba algo. Dejó de mirarle y cam­bió de postura. Observó sus manos abandonada sobre la cartera. No las reconocía. Las recordaba delgadas, ágiles, nerviosas; ahora las sentía pesadas, torpes. Miró a un espejo. Estaba seguro de que tampoco hubiera reconocido su cara. Aquellos años los había vivido como un autómata, extraño a sí mismo. Se apoyó en el respaldo. El cielo tenía el mismo azul intenso que cuando lo miraba de niño. No había cambiado. ¿Y si fuera todo un sueño, una pesadilla?

Cerró los ojos. “El tiempo no ha pasado. Yo soy el de antes; he reconocido los árboles, el cielo, los pájaros. ¿Por qué no puedo ser el mismo?” Apretó los ojos con fuerza para retener las imágenes. Prolongar aquella hora de vida. Recuperar por ella años perdidos.

*FRANCISCO GARCÍA PAVÓN*

Autor de numerosos libros, algunos traducidos a media docena de lenguas, galardonado con premios como el de la Crítica (1967) o el Nadal (1969), se dio a conocer en 1946 con la novela Cerca de Oviedo. Dos méri­tos fundamentales que reconocen los críticos a Francisco García Pavón: ser creador de la novela policíaca típicamente española y tener un dominio casi perfecto de las técnicas del relato breve.

***LA MISS***

* Mamá, ¿para qué queremos esa miss que dice papá que va a venir?
* Para que te enseñe inglés, hijo.
* ¿Para que me enseñe inglés?
* Sí.
* ¿Es un libro una miss?
* No, hijo. Una miss es una señora inglesa.
* ¡Ah! ¿Y en este pueblo hay muchas misses?
* No. La que te va a traer papá será la primera.
* Qué gusto. Yo sólo tendré una miss que me enseñe inglés. Ni Pepito, ni Jeromín, tienen miss.
* No, no la tienen.
* Qué gusto... Pero si la miss sólo habla inglés, ¿cómo la en­tenderé?
* También habla español. Posee las dos lenguas.
* ¡Ah!, posee las dos lenguas...

La madre y el hijo están sentados en un mirador que da a la calle'. Llueve constantemente. El centro de la calle, empedrado, está cubier­to de charcos.

La madre cose. El niño, con la cara pegada a los cristales', sueña, mira a la calle, medita, pregunta. Vuelve a su tema.

* ¿Y cómo son las misses, mamá?

En este momento el abuelo entra también en el mirador. Bajo su poblado bigote, medio cano y medio rojo, esconde la punta del puro apa­gado. Tras las gordas gafas de oro, mira el cielo, sólido, grisáceo, feo.

* Mamá, ¿que cómo son las misses?
* Hijo — dice el abuelo -—, son altas, feas, zancudas.
* ¿Sí, mamá?
* Di que no, hijo. Las hay también rubias, guapas, graciosas, como las artistas de cine.
* No hagas caso. Todas son huesantonas, con las piernas de palo, con gafas y feministas.
* ¿Qué cosa es feminista, abuelo?
* Ya tendrás la desgracia de saberlo.
* Abuelo, ¿y dónde tienen la otra lengua?
* ¿Qué otra lengua?
* La otra. Mamá dice que las misses poseen dos.

La madre se ríe sobre la costura. El abuelo, haciendo un milagro de equilibrio, enciende el puro sin prenderse el bigote.

* Pareces tonto, hijo. Tu madre quiere decir que habla dos lenguas.

El niño vuelve los ojos a la calle, mira hacia la fachada de enfrente.

* Qué bien le irá este temporal a la tierra — dice el abuelo.
* Sí, — afirma la mamá.

Un chico, haciendo equilibrio sobre unas piedras, intenta cruzar la calle.

..."Como las misses son zancudas, según el abuelo, cruzarían bien la calle” — piensa el niño.

El abuelo entra en el comedor.

Comienza a anochecer.

* ¿Verdad, mamá, que será guapa mi miss?
* Sí, hijo.
* Si no, se reirán mucho mis amigos de mi miss.
* Claro..., ya verás como es bonita.
* Yo no la quiero zancuda.
* Ya verás si lo es —dice el abuelo con voz agria desde aden­tro —. No me gustan las inglesas, y menos en mi casa... Piratas... La rubia Albión... Drake...Fariseos con flema. No me gustan.
* Está bueno, papá; mi marido lo quiere así y no vamos a recti­ficarle. Hoy la vida se concibe de otra forma. Con ingleses y todo.
* Mamá, ¿la miss se llama Albión?
* No, hijo; se llama “Mery”.
* ¿Mery?
* Sí.

***ALVARO DE LAIGLESIA***

Comenzó a escribir a los quince años. Publicó su primera novela en 1945, y desde entonces ha publicado más de treinta libros, novelas en su mayor parte. El género en que Alvaro de Laiglesia ha dado toda su medida de escritor es la novela. Es actualmente el humorista más leido en lengua castellana. Talento, gracia, originalidad, inventiva y fuerza expresiva son las cualidades que le caractenzan.

***UN GOLPE DE TELÉFONO***

Era viernes. Un viernes otoñal, feo y lluvioso. Pero Luisa ya se había arreglado para salir, porque todos los viernes por la tarde iba al cine con su marido. Y mientras esperaba que él llegase de la oficina a recogerla, sonó el teléfono.

Luisa, que estaba sola en casa porque la criada también salía los viernes, contestó a la llamada:

— ¿Diga?... Sí, aquí es... Don Adolfo Méndez vive aquí en efecto. Pero no ha llegado aún. ¿Quién le llama?...

Luisa tuvo un ligero sobresalto antes de continuar:

— ¿Cómo?... ¿Ha dicho usted la policía?... Pues él no puede tardar. Me llamó desde la oficina hace ya un rato, para decirme que salía hacia acá... Yo calculo que dentro de un cuarto de hora, o veinte minutos... ¿Puede decirme a mí de qué se trata? Soy su mujer... Sí... Sí...

Nuevo sobresalto de Luisa, cuya voz sonó ligeramente alterada cuando dijo:

— ¿Tomarle declaración?... ¿Por qué?... ¿Qué es lo que tiene que declarar mi marido?... ¿Qué?... ¿Cómo, cómo?... ¿Homicidio?... Repítalo por favor... Sí, sí... Descuide. Se lo diré en cuanto llegue... Adiós... Hasta luego.

Le dejó aquel golpe de teléfono muy preocupada. Pensativa, se sentó en una butaca que había cerca del teléfono. La preocupación hizo que se acentuaran en su rostro los pliegues de algunas arrugas. Muy pocas, porque Luisa era joven aún. Pero a ninguna mujer le favorece fruncir el entrecejo como ella lo frunció. Y menos a Luisa que tenía unas facciones regordetas y apacibles, típicas de la esposa tranquilamente feliz, a la que su marido proporciona una vida domés¬tica sin problemas.

Con ceño estaba todavía cuando Adolfo llegó de la calle. El señor Méndez era bastante mayor que su mujer y mucho más grueso. No es que fuera un hombre gordo; pero su sastre, previsor, había empezado a hacerle los trajes con anchos dobladillos, porque estaba engordando con mucha rapidez.

— ¡Hola, Luisa! — saludó a su mujer, mientras se quitaba el abrigo en el vestíbulo —. Hoy tuve suerte con el tráfico. Hace tan mal tiempo, que apenas ha salido nadie. ¿Estás ya lista?

Pero Luisa, que había salido a su encuentro, no contestó a su pregunta y se limitó a decir:

— Adolfo, escucha...

— Date prisa — continuó él —, porque tenemos el tiempo justo. La película empieza a las siete y cuarto. Yo me voy a poner el impermeable, porque está lloviendo otra vez...

— Espera — le detuvo ella —. Tengo algo que decirte.

— Dímelo en marcha. Con la lluvia quizá haya cola en el cine y conviene llegar pronto. Coge tu paraguas.

— No podremos salir aún.

— ¿Por qué? — la miró Adolfo, extrañado.

— Acaba de telefonear la policía.

— ¿La... qué? — preguntó él, extrañándose.

— La policía — repitió ella —. Por lo visto te llamaron también a la oficina, y acabas de salir.

— ¡Qué raro! No sé qué puede querer de mí la policía.

— Yo puedo decírtelo, porque se lo pregunté al que llamó: quieren tomarte declaración.

— ¿A mí?

— Les dije que no tardarías — siguió explicando Luisa —, y quedaron en llamar más tarde para hablar contigo.

— Pues no me lo explico — se encogió de hombros él—. ¿Qué clase de declaración quieren tomarme?

— No me dieron detalles. Sólo dijeron que se trata de un caso de homicidio.

***ALVARO DE LAIGLESIA***

Comenzó a escribir a los quince años. Publicó su primera novela en 1945, y desde entonces ha publicado más de treinta libros, novelas en su mayor parte. El género en que Alvaro de Laiglesia ha dado toda su medida de escritor es la novela. Es actualmente el humorista más leido en lengua castellana. Talento, gracia, originalidad, inventiva y fuerza expresiva son las cualidades que le caractenzan.

***VAMOS A PESCAR MANOLOS***

Cómodamente sentada en el sofá, Beatriz hablaba por teléfono. Estaba sola, en el cuarto de estar1 del piso donde vivía con sus padres, y nadie podía verla ni oírla.

— Pues sí — dijo a su interlocutor telefónico —: lo he pasado muy bien, Manolo. Ya sabes que contigo me divierto horrores. Pero eso de que vayamos siempre en manada... Si manada te parece mal, llámala grupo. O como quieras. Alguna vez me gustaría que estuviéramos solos los dos... Pues para hablar de nuestras cosas, caramba... Sí, hombre: estoy de acuerdo en que con el grupo se pasa bárbaro. Pero como somos novios... Bueno, bueno: no te enfades, Manolo. ¿A qué hora quedamos mañana?... Correcto: a la una y media entonces. ¿Dónde?... ¡Vaya! En “El Pajarraco”. No. No lo he dicho como si me fastidiara. Está bien, Manolo. Como tú quieras, macho. Hasta mañana.

Y Beatriz colgó, disgustada. Luego buscó un paquete de cigarrillos que había dejado junto al teléfono, para lo cual tuvo que quitarse de los ojos el largo flequillo de su peinado. Porque la chica además de ser muy guapa, era muy moderna. Y en cuanto encontró el tabaco, se puso a fumar. El haber despejado de pelos su campo visual le sirvió también para ver a su madre, que entró poco después en el cuarto de estar.

— Hola, hija — saludó doña Alicia, que era tan guapa como su niña con unos cuantos años más—. ¿Fumando otra vez?

— Sólo un cigarrillo.

— ¡Claro que sólo uno! — gruñó la señora —. Lo único que te faltaba es que los fumaras de dos en dos.

— Es el primero que fumo desde que llegué de la calle mintió Beatriz.

— Perdona, pero es el cuarto. Te voy siguiendo la pista, y ya he contado tres colillas en los distintos ceniceros de la casa.

— ¿Y qué? — dijo la chica.

— Que si a los veinte años te fumas un paquete diario —razonó la mamá —, cuando seas algo mayor te veo fumando puros, como tu padre.

— Es que el tabaco me calma los nervios.

— ¿Y por qué estás tan nerviosa, quisiera yo saber?

— Tengo mis problemas — se justificó Beatriz.

— Compártelos conmigo, que para eso soy tu madre, y ahórrate el tabaco.

— Tú no los comprenderías, mamá.

— Si los problemas son de álgebra, no — admitió la señora, sentándose en el sofá—. Pero si son los que puede tener una chica de tu edad, creo que sí.

— Tampoco. Porque tú perteneces a otra generación.

— ¡Claro! Si perteneciéramos a la misma, yo tendría que haber sido de una precocidad increíble para ser tu madre.

— Pues por eso no me entenderás — insistió Beatriz.

— Si tienes en cuenta que entre nuestras generaciones hay sólo una diferencia de veintipocos años — hizo notar doña Alicia —, no te parecerá tan difícil que pueda comprenderte.

— Imposible, mamá — dijo la chica, apartándose de nuevo el fle¬quillo de la frente —. Esos años que a ti te parecen tan pocos, son un abismo insalvable.

— ¡Vamos, niña! — se enfadó “la generación anterior” —. No seas majadera, y dime qué es lo que te pasa. ¡Cualquiera diría que soy una abuelita de los tiempos de Maricastaña!

— Eso no, porque estás muy bien conservada para tu edad.

— Muchas gracias, rica. ¿Quieres soltar de una vez ese problema que tienes?

— Es de tipo sexual — dijo la chica muy seria.

— ¿Qué? — se escandalizó su madre —. Beatriz, ¡por Dios!... Pero ¿qué dices?

— No te asustes, mamá. Lo llamo así porque me parece más directo y menos cursi que llamarlo un problema sentimental.

— Si es sentimental nada más, me tranquilizas. Te has ena¬morado, ¿verdad?

— Pues sí — se apartó el flequillo Beatriz, sorprendida —. ¿Cómo lo sabes?

— Porque me doy cuenta de las cosas.

— Bueno: en realidad no sé si será enamoramiento — se autoanalizó la chica —. Lo que sí puedo decirte es que siento por él una atracción bárbara. ¡Pero bárbara!

***WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ***

Uno de los novelistas más populares de España en el primer tercio del siglo XX. El fallecimiento de su padre cuando tenía quince años motivó que tuviese que abandonar sus estudios y dedicarse al periodismo. Publicó cerca de cuarenta novelas y narraciones breves, y se centró también de forma intensa en el desarrollo de su trabajo como periodista.

***YO Y EL LADRÓN***

Cuando el señor Garamendi se marchó a veranear, me dijo:

-Hombre, usted, que no tiene nada que hacer, présteme el favor de echar, de cuando en cuando, un ojo a mi casa.

-¿Qué entiende usted exactamente por “echar un ojo”?

-Creo que está bien claro-contestó de mal humor. - En el mundo hay muchos ladrones, y entre los ladrones existe una variedad que trabaja especialmente durante el verano. Se enteran de cuáles son los pisos que han quedado sin moradores, y los desvalijan sin prisas. Algunas veces se quedan allí dos o tres días viviendo y durmiendo en las magníficas camas de los señores, eligiendo concienzudamente lo que vale y lo que no vale la pena de llevarse .

Garamendi abusa un poco de mí con sus encomiendas engorrosas desde que me hizo dos o tres favores que él recuerda mejor que yo. Tener miedo a los ladrones me pareció la más grotesca puerilidad. Yo no creo en eso. Pasaron los días y una tarde que estaba más emperezado que nunca en mi despacho, recordé de repente que no he pasado ni una sola vez ante la casa de Garamendi.

Y únicamente para poder darle mi palabra de honor de que había atendido su encargo, aproximé lentamente mi mano al teléfono y marqué su número. Oí el ruido del timbre. Una voz apagada, desconocida, llegó por el hilo:

-¿Diga?

-¿Cómo? -exclamé, extrañadísimo-. ¿No es ésa la casa del señor Garamendi?

-¡Sí, sí! ¡Es aquí, es aquí! ¿Cómo está usted?

Me quedé estupefacto.

-Oiga -hablé-, ¿qué está haciendo…? ¿No será usted un ladrón?

-Bueno-dijo la voz -. La verdad es que, en efecto, soy un ladrón.

-¡Pues me ha fastidiado usted, porque señor Garamendi, me encargó al vigilar su casa! A ver ahora qué le digo. ¿Cómo voy a confesarle que estuvimos dialogando? Aún, si usted no hubiese cometido la idiotez de contestar…

-Fue un impulso espontáneo-se disculpó-. Estaba aquí, junto al teléfono; sonó y, maquinalmente, me puse al habla. Crea usted que lo siento de veras.

-Al menos, dígame : ¿se lleva usted mucho?

-No hablemos de eso, una porquería. Perdone si le ofendo, pero ese amigo de usted no tiene nada que le quite a uno de cuidados.

-¡Hombre, no me diga…! La escribanía de plata es maciza y valiosa… ¿Vio usted una bandejita de plata en el comedor, con unas flores en relieve?

-Sí, apenas tiene un baño; es de metal blanco.

-Bien; pero no negará que es bonita.

-No vale nada.

-Llévesela usted.

-No quiero.

-¡Llévesela usted, idiota! ¿No comprende que si la deja van a darse cuenta de que no es de plata? Y… se la he regalado yo. Llévesela.

-En fin…, por hacerle un favor; pero sólo me servirá de estorbo.

-¿Ha recorrido ya toda la casa? Creo que está bien puesto, ¿no?

-¡Psch! Muchas pretensiones; poco gusto. ¿No ha entrado nunca en el salón? Pues se ha perdido mucho. Yo tengo costumbre de visitar casas bien amuebladas, y le aseguro que ésta es una calamidad.

-¡No me diga!

-Lo que encontré allí fueron pieles bastante buenas.

-Lo creo. Tiene una capa de renard.

-Está en el saco. ¿Le gustaba a usted?

-Le gustaba a Albertina… mi novia. Creo que me quiere menos porque piensa que nunca podré regalarle unas pieles de zorro como ésas.

Un silencio.

-Oiga…, señor. Si usted me permite, yo tengo mucho gusto en ofrecerle esas pieles… Me ha sido usted simpático y… No se preocupe. Yo ya tengo las otras, y no va a ser uno más pobre…

-¡Ea, que no!

-Bien; pues entonces se las ofrezco a Albertina. Ahora no podrá usted desdeñarlas… Piense en la alegría que tendrá…

-Sí; eso es cierto…

-¿Adónde las envío?

Le di mis señas.

-¿Manda usted algo más?

-Nada más. Que termine “eso” con suerte.

-Gracias, señor.

***SANTIAGO ARGÜELLO***

Notable poeta y escritor nicaragüense. Cuenta entre sus obras, Primeras Ráfagas, Siluetas Literarias, La Magia de Leonardo de Vinci y una Interesante recopilación de conferencias de clases que publicó con el Tiulo de Lecciones de Literatura Española. Nació en León, Nicaragua en 1971. Murió en 1940.

***EL MEJOR DE LOS REGALOS***

Aconteció que cierto día hallábanse congregados en una rica sala varios de los más opulentos hombres del País: el sembrador de granos, que recogía tan abundantes cosechas, que no sólo bastaban para el consumo de su pueblo, sino que hasta podía abastecer con ellas a las comarcas colindantes; el negociante en telas, cuyos géneros traían las marcas de los más raros y lejanos comercios, y cuyas arcas reventaban de oro; el dueño de las mil majadas, cuyos ¡pastos verdes y ubérrimos tendíanse por muchas leguas a la redonda; y el señor de la Banca, ante quien se inclinaban los más reputados Príncipes de la Finanza.

Mirando a aquellos potentados, se acurrucaba en un rincón de la sala la huerfanita humilde, humilde y triste: aquella que tenía el amargo privilegió de ser alimentada por las migajas munificentes de tales manos protectoras.

El Maestro penetró en la sala. Y, al penetrar Él, sintióse olor de lirios, y ecos de música inefable, y luz de aurora.

Los hombres opulentos se pusieron de pie, poseídos de instintivo respeto.

Interrogándole con las miradas.

— Hay — dijo el Maestro — muchos pordioseros que aguardan en la calle. ¿Qué vais a darme para quienes nada tienen, vosotros que todo lo tenéis?

Y entonces, cada uno de aquellos magnates hinchóse de satisfacción, en la oportunidad de darse un lujo más: el de la caridad.

* Guardo en mis trojes—dijo el sembrador de granos—cuanto es preciso para saciar sus hambres. Tomad lo que gustéis.

— Mis estanterías — exclamó por su parte el negociante en telas — crujen al peso de mis géneros y de mis mantas. Yo vestiré a los desnudos y daré calor a los friolentos.

—Yo — habló el dueño de las mil majadas — poseo en las ubres de mis vacas la leche blanca para el regalo de tus pobres.

— Y yo — agregó el señor de la Banca — daré el dinero que ellos necesitan para sus vidas miserables.

A cada oferta, sonreía el Maestro, agradecido al parecer con aquellos hombres que ofrecían. Al uno le decía "gracias”; al otro, le estrechaba la mano; a aquél, le movía la cabeza confirmativamente; a éste, le daba un leve golpecito en la espalda.

De pronto, los ojos del Maestro se posaron en la huerfanita, que lo estaba mirando, absorta, acurrucada en un rincón de la sala.

—¿Y tú, niña...?, ¿qué les das a mis pobres?

Sonrió ella tristemente. Miró la humildad de su trajecito zurcido; sus dedos sin anillos, sus brazos sin ajorcas; y sus ojitos buenos y tristes se encontraron con los celestes del Maestro. Y se besaron las dos lumbres.

— No tengo nada... — iba a responder ella. Mas, de pronto, exclamó:

—¡Les daré mi cariño!

Y, entonces, se acercó el Maestro, le cogió la cabeza entre sus manos de alabastro, y la besó en la frente.

La besó largamente... largamente...

Y dijo, con aquel sello de su beso infinito, que dar dinero es bueno, pero dar alma es mejor; que la comida colma el vientre, mas el cariño, el corazón; y que aquello que le daba la que nada tenía era el mejor de los regalos.

***JUAN JOSÉ MILLÁS***

Nació en Valencia en 1946. Es una de las grandes firmas de la narrativa española actual. En sus historias indaga en los recovecos más oscuros de la conciencia de los personajes que pasan de la rutina y la cotidianeidad de la vida a situaciones fantásticas con la mayor naturalidad.

***UNA CARENCIA ÍNTIMA***

Yo era un joven algo particular, entretenía mi ocio yendo de acá para allá y aprendiendo cosas. Una de estas actividades consistía en robar objetos en los grandes almacenes. Broches, bolígrafos, libros, discos, gozaban de mis preferencias frente a otros objetos más valiosos. En realidad lo que menos me interesaba era el botín, que repartía entre mis amigos; yo me quedaba con la emoción de vulnerar la ley.

Sin embargo, cierto día de mi ya lejana juventud estaba robando un sujetacorbatas en un almacen, cuando sentí que a unos metros de mí había un hombre de traje gris y estatura mediana, que había observado todos mis movimientos. Comprendí en seguida que se trataba de un vigilante y comencé a huir con rapidez en la sección de muebles. Allí vi un complicado armario y me metí en él con la naturalidad con la que otros entran en su casa. El armario era un vientre enorme y complejo, como si la oscuridad total que estuviera constituida por la suma de diversas oscuridades de menor entidad que atravesaban en forma de túneles el interior del mueble. Por esos túneles llegaban los ruidos del exterior.

Al poco sentí que aquel vientre se movía y escuché que el mueble estaba siendo trasladado. Después de un tiempo, el armario se quedó quieto en algún lugar. Pensé que era el momento ideal para escapar y abrí cuidadosamente una de las puertas. A través de la breve rendija, vi un dormitorio de cama ancha, amueblado con sobriedad, pero con gusto. Pronto oí el ritmo de unos pasos de la mujer que se acercaron hasta el armario. Me retiré hacia uno de los costados, ocultándome parcialmente en un recoveco creado por la complicada arquitectura del mueble. En seguida, se abrió la puerta central, por cuyo hueco apareció una melena y una mano delgada y se retiró en seguida. Yo comencé a reconstruir la mujer partiendo de los dos datos conocidos: la mano y la melena. Cuando acabé de dibujarla, estuve a punto de llorar de nostalgia; tal era el amor que empezaba a sentir por la desconocida.

Entre tanto, el tiempo transcurrió, regresaron los pasos y las voces. Se trataba de nuevo de la mujer, con marido.. El marido, en general, parecía bastante indiferente y contestaba con monosílabos a las palabras de la mujer. Escuché los ruidos de desnudarse e introducirse en la cama, así como los vanos intentos de la mujer para iniciar una conversación. El marido parecía poco sensible a las preocupaciones de su esposa y en seguida conectó la radio.

Por la mañana me despertó el despertador. La pareja, al otro lado del armario, se puso en seguida en movimiento. Finalmente, se oyó el ruido lejano de una puerta y todo quedó en silencio. Supuse que la pareja se había ido a trabajar y salí del armario. La casa estaba vacía. La mujer era bellísima, según una foto que encontré en el salón. Sentí un amor enorme por aquella figura y un desprecio notable por el marido, insensible y frío como un mueble macizo. El hambre me condujo a la cocina. Me preparé un café y comí con ganas y fregué la vajilla. Después comencé a leer una novela de espías en sofa. A eso de las cuatro escuché el ruido característico de una llave y regresé al armario.

Los días siguientes transcurrieron de un modo algo rutinario. Normalmente la mujer permanecía sola en casa por las tardes, dedicándose a las tareas del hogar. El marido llegaba poco antes de cenar y los dos se acostaban temprano sin hacer otra cosa que escuchar la radio, tras haber cambiado dos o tres frases. No me costó trabajo habituarme a este ritmo de vida. Por las mañanas, además de comer, fregaba los cacharros del día anterior, pasaba la aspiradora y-cada tres días- quitaba el polvo. La mujer se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo en su casa, y una noche le dijo a su marido: —Tengo la impresión de que una presencia bienhechora nos protege.

—Cosas tuyas —dijo el marido con su indiferencia habitual.

El caso es que se guardó el secreto, pero comenzó a prepararme unas comidas maravillosas que dejaba en la cocina.

Cierto día, el marido se marchó de viaje por razones de trabajo.

Esa noche, mi deseo y mi amor no me dejaban dormir. Ella se acostó, cuando abrí el armario y penetré en la habitación con la delicadeza de un cadáver. Comencé a acariciar su cuerpo con la nostalgia y la tristeza. La arrastré hasta el interior del armario, cerré la puerta, y nos hundimos juntos en un abismo incomprensible, lleno de nada. De nuestras bocas oscuras no salió una palabra, nuestros ojos no alcanzaron a tocar lo que veían nuestras manos, pero nuestros cuerpos se unieron en su necesidad y la mía.

Con todo ya acabado, abrí la puerta de aquella catedral de madera, cogí en mis brazos a la mujer, la deposité en la cama y regresé a mi lugar. Al día siguiente me levanté feliz a media mañana. Por la noche salí de nuevo del armario y repetí la experiencia con resultados semejantes.

Ahora, soy un hombre de negocios, un padre de familia, un hombre afortunado. No podría expresar el significado de aquellas noches ni el modo en que tales sucesos llegaron a inscribirse en mi conciencia. Sí sé que en torno a ellos se han articulado todos los demás hechos de mi vida y que no ha habido un solo día desde entonces en el que no pensara en aquella mujer, cuya casa abandoné al regreso del marido insensible. La aventura transformó mi carácter, dotándolo de unos matices nostálgicos propios de aquellos seres que sufren una amputación íntima, una carencia que sólo la muerte es capaz de aliviar, siquiera parcialmente. Entre tanto he ganado el dinero preciso para comprar estos terrenos donde estaba su casa y donde pienso erigir una escultura, en piedra, que reproduzca aquel armario. Tal vez ella, si vive, reconozca el mensaje y comience, como yo, a anhelar la muerte.

***JULIO FLORENCIO CORTÁZAR***

(1914 - 1984) un escritor, traductor e intelectual argentino. Es uno de los autores más innovadores de su tiempo, y maestro del relato corto, la prosa poética y la narración breve en general. Debido a que los contenidos de su obra transitan en la frontera entre lo real y lo fantástico, suele ser puesto en relación con el realismo mágico e incluso con el surrealismo.

***CASA TOMADA***

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua guardaba los recuerdos de padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, almorzábamos al mediodía, siempre puntuales. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa. A veces llegábamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, chalecos para ella.. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana y aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pullover está terminado no se puede repetirlo.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza.

Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí un segundo después, en el fondo del pasillo que traía hasta la puerta. Me tiré contra la pared y la cerré de golpe.

Fui a la cocina, y le dije a Irene:

-Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

-¿Estás seguro?

 Asentí.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas: la limpieza se simplificó.

De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer. La puerta de roble era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba.

De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

-Han tomado esta parte -dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo.

-¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? -le pregunté inútilmente.

-No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

***ARMANDO PALACIO VALDÉS***

 ([Entralgo](https://es.wikipedia.org/wiki/Entralgo), [Laviana](https://es.wikipedia.org/wiki/Laviana_%28Asturias%29), [Asturias](https://es.wikipedia.org/wiki/Principado_de_Asturias), [4 de octubre](https://es.wikipedia.org/wiki/4_de_octubre) de [1853](https://es.wikipedia.org/wiki/1853) – [Madrid](https://es.wikipedia.org/wiki/Madrid), [29 de enero](https://es.wikipedia.org/wiki/29_de_enero) de [1938](https://es.wikipedia.org/wiki/1938)) fue un [escritor](https://es.wikipedia.org/wiki/Escritor) y crítico literario [español](https://es.wikipedia.org/wiki/Espa%C3%B1a), perteneciente al [Realismo](https://es.wikipedia.org/wiki/Realismo_literario) del [siglo XIX](https://es.wikipedia.org/wiki/Siglo_XIX).

***LOS PURITANOS***

Era un caballero fino, distinguido, de fisonomía ingenua y simpática. No tenía motivo para negarme a recibirle en mi habitación algunos días. El dueño de la fonda me lo presentó como un antiguo huésped a quien debía muchas atenciones: si me negaba a compartir con él mi cuarto, se vería en la precisión de despedirle por tener toda la casa ocupada, lo cual sentía extremadamente.

-Pues si no ha de estar en Madrid más que unos cuantos días, y no tiene horas extraordinarias de acostarse y levantarse, no hay inconveniente en que V. le ponga una cama en el gabinete... Pero cuidado... ¡sin ejemplar!...

-Descuide V., señorito, no volveré a molestarle con estas embajadas. Lo hago únicamente porque D. Ramón no vaya a parar a otra casa. Crea V. que es una buena persona, un santo, y que no le incomodará poco ni mucho.

Y así fue la verdad. En los quince días que D. Ramón estuvo en Madrid no tuve razón para arrepentirme de mi condescendencia. Era el fénix de los compañeros de cuarto. Si volvía a casa más tarde que yo, entraba y se acostaba con tal cautela, que nunca me despertó; si se retiraba más temprano, me aguardaba leyendo para que pudiese acostarme sin temor de hacer ruido. Por las mañanas nunca se despertaba hasta que me oía toser o moverme en la cama. Vivía cerca de Valencia, en una casa de campo, y sólo venía a Madrid cuando algún asunto lo exigía: en esta ocasión era para gestionar el ascenso de un hijo, registrador de la propiedad. A pesar de que este hijo tenía la misma edad que yo, D. Ramón no pasaba de los cincuenta años, lo cual hacía presumir, como así era en efecto, que se había casado bastante joven.

Y no debía de ser feo, ni mucho menos, en aquella época. Aún ahora con su elevada estatura, la barba gris rizosa y bien cortada, los ojos animados y brillantes y el cutis sin arrugas, sería aceptado por muchas mujeres con preferencia a otros galanes sietemesinos.

Tenía, lo mismo que yo, la manía de cantar o canturrear al tiempo de lavarse. Pero observé al cabo de pocos días que, aunque tomaba y soltaba con indiferencia distintos trozos de ópera y zarzuela deshaciéndolos y pulverizándolos entre resoplidos y gruñidos, el pasaje que con más ardor acometía y más a menudo, era uno de Los Puritanos; me parece que pertenecía al aria de barítono en el primer acto. Don Ramón no sabía la letra sino a medias, pero lo cantaba con el mismo entusiasmo que si la supiera. Empezaba siempre:

Il sogno beato De pace e contento

Ti, ro, ri, ra, ri, ro, Ti, ro, ri, ra, ri, ro.

Necesitaba seguir tarareando hasta llegar a otros dos versos que decían:

La dolce memoria De un tenero amore.

Sobre los cuales se apoyaba sin cesar hasta concluir el allegro.

-¡Hola! D. Ramón, le dije un día desde la cama; parece que le gusta a V. Los Puritanos.

-Muchísimo; es una de las óperas que más me gustan. Daría cualquier cosa por conocer un instrumento para poder tocarla toda. ¡Qué dulzura hay en ella! ¡Qué inspiración! Estas son óperas y esta es música. ¡Parece mentira que ustedes se entusiasmen con esa algarabía alemana que sólo sirve para hacer dormir!... A mí me gustan con pasión todas las óperas de Bellini: El Pirata, Sonámbula, I Capuletti e di Montechi; pero sobre todas ellas Los Puritanos... Tengo además razones particulares para que me guste más que ninguna otra, añadió bajando la voz.

-¡Ole, ole, D. Ramón! exclamé incorporándome de un salto y poniéndome los calcetines: vengan esas razones.

-Son tonterías de la juventud... cuestión de amores, contestó ruborizándose un poco.

***MANUEL RIVAS***

(La Coruña, 24 de octubre de 1957) es un escritor, poeta, ensayista y periodista gallego cuya obra se desarrolla fundamentalmente en lengua gallega, aunque también las traduce a menudo él mismo al castellano, idioma en el que escribe artículos para el diario El País.

***LA LENGUA DE LAS MARIPOSAS***

“¿Qué tal, Pardal? Espero que por fin este año podamos ver la lengua de las mariposas.”

El maestro aguardaba desde hacía tiempo que les enviasen un microscopio a los de la Instrucción Pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuviesen el efecto de poderosas lentes.

“La lengua de la mariposa es una trompa enroscada como un muelle de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz para chupar. Cuando lleváis el dedo humedecido a un tarro de azúcar, ¿a que sentís ya el dulce en la boca como si la yema fuese la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa.”

Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Qué maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de almíbar.

Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender cómo yo quería a mi maestro. Cuando era un pequeñazo, la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que se blandía en el aire como una vara de mimbre. “¡Ya verás cuando vayas a la escuela!” Dos de mis tíos, como muchos otros jóvenes, habían emigrado a América para no ir de quintos a la guerra de Marruecos. Pues bien, yo también soñaba con ir a América parra no ir a la escuela. De hecho, había historias de niños que huían al monte para evitar aquel suplicio. Aparecían a los dos o tres días, ateridos y sin habla, como desertores del Barranco del Lobo.

Yo iba para seis años y todos me llamaban Pardal. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre y no tenía tierras ni ganado. Prefería verme lejos que no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda, y fue Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, el que me puso el apodo: “Pareces un pardal”.

Creo que nunca he corrido tanto como aquel verano anterior a mi ingreso en la escuela. Corría como un loco y a veces sobrepasaba el límite de la Alameda y seguía lejos, con la mirada puesta en la cima del monte Sinaí, con la ilusión de que algún día me saldrían alas y podría llegar a Buenos Aires, Pero jamás sobrepasé aquella montaña mágica. “¡Ya verás cuando vayas a la escuela!” Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancaran las amígdalas con la mano, la forma en que el maestro les arrancaba la jeada del habla, para que no dijesen ajua ni jato ni jracias. “Todas las mañanas teníamos que decir la frase Los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo. ¡Muchos palos llevamos por culpa de Juadalagara!” Si de verdad me quería meter miedo, lo consiguió. La noche de la víspera no dormí. Encogido en la cama, escuchaba el reloj de pared en la sala con la angustia de un condenado. El día llegó con una claridad de delantal de carnicero. No mentiría si les hubiese dicho a mis padres que estaba enfermo.

El miedo, como un ratón, me roía las entrañas.

Y me meé. No me meé en la cama, sino en la escuela.

Lo recuerdo muy bien. Han pasado tantos años y aún siento una humedad cálida y vergonzosa resbalando por las piernas. Estaba sentado en el último pupitre, medio agachado con la esperanza de que nadie reparase en mi presencia, hasta que pudiese salir y echar a volar por la Alameda.

“A ver, usted, ¡póngase de pie!”

El destino siempre avisa. Levanté los ojos y vi con espanto que aquella orden iba por mí. Aquel maestro feo como un bicho me señalaba con la regla. Era pequeña, pero a mí me pareció la lanza de Abd el Krim.

“¿Cuál es su nombre?”

“Pardal”.

Todos los niños rieron a carcajadas. Sentí como si me golpeasen con latas en las orejas.

“¿Pardal?”

No me acordaba de nada. Ni de mi nombre. Todo lo que yo había sido hasta entonces había desaparecido de mi cabeza. Mis padres eran dos figuras borrosas que se desvanecían en la memoria. Miré hacia el ventanal, buscando con angustia los árboles de la Alameda.

Y fue entonces cuando me meé.

***FRANCISCO GARCÍA PAVÓN***

(1919 - 1989) fue un escritor y crítico literario español,crítico teatral y editor al frente de la prestigiosa editorial Taurus, su popularidad le vino gracias a sus novelas y cuentos en los que, desde la perspectiva humorística, refleja el mundo rural.

***EL HIJO DE MADRE***

Ocurrió el primer día de aquel curso, que fue el último del «Colegio de la Reina Madre», porque al año siguiente pusieron el Instituto. Don Bartolomé, después de repartirnos los libros flamantes, nos ordenó que nos estudiásemos la primera lección de todos los textos.

En el «estudio» había un gran silencio. Nos distraíamos en manosear losnuevos manuales, en ver las figuras, en forrarlos, en poner nuestro nombre.

De pronto se abrió la puerta del salón y Gabriela, la criada, gritó sin

entrar:

-Ahí está una mujer que viene a poner a su hijo al colegio. ¿Entra?

Apareció una mujer atemorizada, muy rubia, algo entrada en carnes. Llevaba un niño de la mano, como de doce o trece años.

-Pase, señora - dijo don Bartolomé poniéndose en pie.

Cruzó todo el salón, muy seria, con la cabeza rígida, mirando hacia el frente. El niño quedó en pie mirando hacía todos nosotros con sus ojos casi traslúcidos. Ella empezó a hablar en voz muy bajita, casi al oído de don Bartolomé. Don Bartolomé se hacía pantalla en la oreja para oír mejor. Luego se cortó la conversación. El profesor quedó pensativo, con la mejilla descansando en la mano. Ella lo miraba inmóvil, con las manos tímidamente enlazadas, diríase que suplicantes.

Don Bartolomé levantó la cabeza hacia el techo, así como rezando, y, a poco, volvió a la conversación en voz muy baja. Al cabo de un ratito más, ella sonrió, con los ojos casi llorosos. Abrió el monedero, sacó unos cuantos duros de plata y los dejó sobre la mesa. Don Bartolomé le extendió un recibo y se guardó los duros en el bolsillo del chaleco.

La señora dio un beso al hijo, que se sentó en el pupitre cruzando los brazos sobre la tabla.

Como a la madre le llamaban la Liliana, al hijo le dijimos Lilianín... Su cabeza era como la de un angelote de madera antigua, policromada, un poco desvaídos los colores. Miraba con sus ojos azules muy fijamente, sin pestañear, al tiempo que sonreía casi mecánico. A lo que se le preguntaba contestaba enseguida, sin titubeos ni disimulos. Hasta cuando estudiaba álgebra sonreía angélico.

Nadie lo culpaba de estar entre nosotros, hijos de madre y padre. El Coleóptero, con su sonrisa de bruja joven, gustaba de hacerle preguntas con retranca, que Lilianín respondía abiertamente.

Un día, a la hora del recreo de la mañana, se formó un gran corro en el rincón del patio. Y no sé por qué, todos los del corro estábamos en cuclillas o sentados en el suelo menos Lilianín, que, en el centro, estaba en pie. Cada cual le hacía una pregunta en voz media, que él, en contraste, respondía a toda voz, como si dijera la lección, con orgullo:

-¿Y pasan muchos hombres al cuarto de tu mamá?

-Sí, muchos. Sobre todo por la noche.

-¿Y qué hacen?

-No sé. Se desnudan.

-¿...y luego?

-No sé. Yo me duermo.

-¿Y tu mamá qué les dice?

-Les habla de mí y de mi papá

-¿Y le pagan?

-Sí. Le dan mucho dinero.

Cada vez las preguntas eran más recias. Pero él sonreía igual.

Por fin, uno moreno, de muy mal genio dijo mirándole a los ojos con cara de perro:

-Tu mamá, lo que es, es una puta.

Lilianín, riendo un poquito menos, movió la cabeza como diciendo que no:

-Mi mamá es mi mamá y nada más.

Se hizo un silencio muy grande, de reproche al chico moreno, y por cima de todas las cabezas, la sonrisa de Lilianín. Se oyó la voz de don Bartolomé desde la otra punta: -¡Niños, a clase!

Don Bartolomé, que olfateó algo, le echó la mano sobre el hombro.

-¿Se portan bien los compañeros contigo?

-Conmigo, sí, señor... Con mi mamá, no.

Don Bartolomé se volvió a todos, como si fuese a hablarnos. Con los ojos muy

tristes nos miró con calma. Estuvo a punto de despegar los labios, pero luego hizo un gesto como de arrepentirse. Volvió a poner la mano en el hombro de Lilianín, y entramos en el salón de estudio. Cada cual ocupó su puesto.

Nunca hubo mayor silencio en el estudio de don Bartolomé.

***JOSÉ MARÍA MERINO***

(5 de marzo de 1941) es un narrador, poeta, ensayista y académico de la Real Academia Española. Reside en Madrid. Pese a sus inicios poéticos, José M. Merino ha cultivado principalmente la prosa: libros y artículos de viajes, ensayos literarios, crítica, novelas, novelas juveniles y cuentos.

***CASA FELIZ***

El doctor Zapater, que tenía como profesión la salud mental de la gente, se declaraba a menudo especialista en infortunio. Intentaba devolver a sus pacientes la felicidad, o al menos la serenidad, y aunque no era sencillo, había conseguido al menos identificar con bastante exactitud los grados de la desventura . La materia de su trabajo hacía que tampoco él se sintiese nunca del todo feliz. Sin embargo, aquella mañana, al levantarse, estaba lleno de euforia, pletórico de sensaciones gratificadoras , cuya causa no podía adivinar.

El doctor Zapater vivía en una pequeña colonia de casitas adosadas y chalets dispersos, en las afueras de la ciudad. Al salir aquel día camino de la clínica, advirtió que en el solar contiguo, vacío, que el paso de los años había convertido en un refugio de matorrales enmarañados, se alzaba una casa flamante, rodeada por un jardín muy cuidado.

La disposición jovial y optimista con que el doctor Zapater se había despertado no pudo anular la sorpresa ante aquella presencia que parecía infringir las leyes del tiempo y del espacio, porque en una sola noche era imposible que el solar cubierto de malas hierbas se hubiese convertido en aquel césped flanqueado de arriates floridos y, sobre todo, que se pudiese haber levantado aquel edificio, una casa de ladrillo con galerías a ambos lados de la puerta principal, tres ventanas adornadas de flores en el primer piso y un empinadísimo tejado a dos aguas , sujeto con vigas de madera, en el que sobresalía la chimenea sobre la estructura de los ventanales inclinados de la buhardilla.

Aquello era inverosímil, y aunque el doctor Zapater sabía de sobra que la realidad no necesita ser verosímil, que la realidad se produce, sin más, aunque parezca increíble, llamó a su mujer, que en aquel momento estaba en la cocina con los niños, y le mostró la absurda aparición. Su mujer, que también se había levantado aquel día llena de buen ánimo, contempló la casa y el jardín con admiración, pero en vez de escandalizarse por lo irrazonable de su presencia exclamó que era muy bonita.

—Pero ¿no te parece muy extraño? —preguntó el doctor, asombrado de la reacción de su mujer.

—Será prefabricada, y la habrán instalado esta noche. Ahora las cosas se hacen así. Además sin meter ruido, sin despertarnos siquiera.

—¿Y el jardín? —preguntó el doctor Zapater, rompiendo a reír.

—También prefabricado. En estos tiempos, a mí ya no me sorprende nada de nada de lo que hagan para vender cualquier cosa.

Conforme se alejaba de la urbanización en su coche, el doctor

Zapater sentía que su euforia se iba disipando , y cuando llegó a la clínica había recuperado el habitual escepticismo y el leve cansancio físico y moral de costumbre. Pero al regresar a su casa, volvió a sentirse lleno de estímulos optimistas.

No tardaría muchos días el doctor Zapater en sospechar que la sensación benéfica que experimentaba cada día en su hogar, y que sin duda compartía con su mujer, sus hijos y sus vecinos, estaba originada por la presencia de aquella casa brotada de repente en el solar vacío. La casa, que no estaba habitada por nadie, irradiaba felicidad como una hoguera calor, comprobó el doctor Zapater, que, como el resto de los habitantes de la colonia, había asumido aquella imposible irrupción del edificio como uno de los hechos consumados de la siempre indómita realidad.

Tampoco al municipio le escandalizó la aparición de un inmueble. Y, más que eso, el buen humor que su cercanía suscitaba hizo más diligentes a sus representantes a la hora de descubrir que aquel solar carecía de las imprescindibles estructuras de servicios, y la casa de la licencia de obras y de cuantos requisitos son precisos en una ciudad para construir un edificio. Ante la imposibilidad de encontrar a sus propietarios, el ayuntamiento resolvió precintar la propiedad, y los trámites administrativos continuaron su curso. Sin embargo, como el lugar era especialmente grato para el ánimo, la comunidad de vecinos puso unos bancos alrededor de la parcela, y todas las tardes venían a sentarse allí los ancianos de la colonia, y mantenían tertulias llenas de interjecciones y carcajadas como en los tiempos de su adolescencia.

Días después de la aparición de la casa, el doctor Zapater asistió a un congreso en el sur. En una de las charlas que ocupaban el tiempo del asueto , sentados frente al mar con una copa en la mano, hablando precisamente de cómo la realidad resultaba a veces más desconcertante que la ficción, uno de los colegas aludió a una casa que había desaparecido en su ciudad de la noche a la mañana, dejando vacío el solar sobre el que se asentaba.

***ESTHER TUSQUETS GUILLÉN***

/1936-2012/, editora, escritora y ensayista española. Dirigió durante cuarenta años la editorial Lumen, convirtiéndose en una de las figuras más influyentes del panorama cultural español de la segunda mitad del siglo XX. Esther Tusquets se dedicó a la carrera literaria con la temática supuestamente femenina.

***PEPE, PEPE, PEPE***

Todo empezó la radiante mañana de mayo en que Nora vio a Pepe encaramado en lo alto de un cerezo. Habían transcurrido apenas dos décadas del siglo XX, y la familia de Pepe, dueña de una floreciente industria textil, residía en el centro de la ciudad, pero poseía una finca con huerto en las afueras, donde pasaban algunas veces la primera parte del verano.

Aquel año la cosecha había sido magnifica, los árboles estaban cuajados de fruto, y Pepe - encaramado audazmente a una de las ramas más altas de un cerezo, en parte para impresionar a las muchachas congregadas alrededor del tronco, que iban recogiendo las cerezas que el único hijo de los dueños de la casa les arrojaba á puñados - le pareció a Nora arrojado, hermoso y atractivo como un joven dios que dispensara desde el Olimpo sus dones a los míseros mortales.

Nora se enamoró perdidamente. Fue un caso genuino de flechazo, de amor a primera vista. A los dos minutos de conocerle decidió que era el hombre de su vida, el único hombre que tendría cabida en su vida. O él o ninguno. O él o nadie. O se casaba con Pepe, o no le quedaba otro recurso para ingresar en un convento.

Lo malo era que, si a Nora le pareció Pepe - envuelto en el aire dorado de una manera gloriosa que preludiaba el estío - atractivo y audaz y guapísimo, también le pareció que cualquiera de las muchachas apiñadas al pie del árbol era más bonita y más simpática que ella.

Nora cultivaba desde niña una apasionada inclinación por el fracaso y una obstinada vocación de víctima. Su única hermana, Blanca tenía, por el contrario, una idea sublime de sí misma y creía firmemente en un brillante porvenir jalonado de todo tipo de éxitos.

Blanca se vería siempre a sí misma como una triunfadora, dispuesta a comerse la vida de un bocado, y Nora presagiaría desastres y no renunciaría jamás a su papel de víctima. Ya de niñas, Blanca se disfrazaba de princesa, se sentaba al piano y jugaba a flirtear con príncipes azules, que, locos por ella, ponían el reino a sus pies. Y, mientras agitaba el abanico, llenaba su carné de baile, prodigaba palabras ingeniosas y ofrecía ambas manos a los ávidos labios de sus enamorados, Nora se liaba un pañuelo a la cabeza, se ponía la ropa más vieja de la más fachosa de las criadas, y jugaba a llevarle la comida a su marido, que agonizaba tuberculoso en el hospital. Lo curioso es que, inmunes a la realidad, iban a prolongar ambos juegos a lo largo de toda su vida.

Nora hizo lo posible por coincidir con él, pero Pepe no reparó en la presencia de aquella chica que tan pronto le miraba con ojos desorbitados como bajaba obstinada la mirada, que pasaba del rojo intenso a la palidez más absoluta, que sólo hablaba en inaudibles balbuceos.

Y por una vez Nora, perdidamente enamorada, olvidó su vocación de víctima, traicionó su adicción a la derrota, y se dispuso a librar batalla.

Había en la catedral el Cristo de Lepanto, y en aquel entonces existía la creencia popular de que determinado día del año, si salías de tu casa e ibas, en absoluto silencio, hasta su capilla, podías formular tres deseos, con la certeza de que uno de ellos te sería concedido.

Nora esperó hasta este día y se dispuso a ir sola a la catedral. Pero en el vestíbulo del edificio, la abordó el portero. Algunos vecinos se habían quedado sin suministro de agua, ¿tenían algún problema en su piso? No, no había problema alguno, le tranquilizó Nora. Pero quedaba roto el compromiso de silencio. En segundo intento se encontró con una de sus primas. Intentó en vano rehuirla, pero la otra la miraba perpleja y Nora se resignó a romper su silencio.

Vuelta a empezar. En el tercer intento Nora ya estaba ante la puerta del templo cuando la abordó una mujer humildemente vestida. Sacó el monedero para dar una limosna. Pero la mujer se puso furiosa. Ella no era una mendiga, quería simplemente saber la hora. Y Nora tuvo que hablar para justificarse ..

La cuarta salida la hizo a la carrera, sin desviar ni por un instante la mirada a la derecha ni a izquierda. Llegó a la catedral jadeante y desatinada, se precipitó en el interior como una exhalación, como una tromba, se desplomó exhausta a los pies de la imagen, indiferente a las otras muchas mujeres, a los escasos hombres y gritó en alta voz sus tres deseos, transformados en un único deseo, porque no cabe más que un deseo en las mujeres perdidamente enamoradas: - ¡PEPE, PEPE, PEPE!

Y , contra todas las previsiones, se produjo el milagro.

Pepe se casó con Nora, y cumplió con creces sus expectativas: la hizo desgraciada desde el mismo día, o desde la misma noche; la convirtió en una víctima ejemplar, antológica, difícilmente superable, y la engañó con cuantas hembras se le cruzaron al paso, incluida, por supuesto, su hermana Blanca.ocida alcanzó límites tragicómicos.

***DOLORES MEDIO***

 (1911-1996) fue una escritora española, ganadora del Premio Nadal en 1952 por su obra Nosotros, los Rivero. Son mayoría los que la incluyen en la Generación del 36.

***ANDRES***

Andrés mira obstinadamente el mantel de cuadros rojos y blancos. Los cuadros están borrosos de tanto lavarlos. Junto a su mano el plástico está quemado. Un agujero del tamaño de un duro de los de antes ha comido por completo uno de los cuadros rojos y, por el hueco, se ve un trozo de la mesa. Más allá del agujero hay una mancha de grasa. El vaso de agua tiene las huellas de los dedos de Tina.

Una hormiga corre sobre el mantel, sorteando el lago de grasa y desapareoe por el agujero. András mete el dedo en el agujero, persiguiendo a la hormiga. Se le ha escapado. Vuelve a quedarse quieto, mirando el mantel de plástico descolorido.

Senta dice:

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué no comes?

Andró se alza de hombros:

— No tengo ganas

— ¡No tengo ganas ... no tengo ganas! Pues, ¡vaya un cuento que has sacado ahora!... A ver qué vida... Si quieres cosas buenas vete al Palás, aqui no hay otra cosa.

Andrés mira obstinadamente el mantel. Con un dedo sigue sobre la mesa el trayecto que ha hecho la hormiga, hasta que vuelve a sepultar el dedo en el agujera

— ¡Eso es!... Anda,’ mete el dedo y rómpelo más:

Andrés retira el dedo, apoya los codos sobre la mesa y la cara sobre las palmas de las manos.

Desde la puerta, alguien llama a la madre:

— ¡Señora Presenta!

— Pasa, chico. ¿Qué quieres?

— Señora Presenta, dice- mi madre, qué si puede usted dejarnos una cebolla, que mañana se la devolveremos.

Senta busca en el cesto de las patatas una cebolla y se la entrega al chico:

— Toma, hjjo, dásela a tu madre. No tiene que devolvér. ¿Cómo está tu madre?

-Bien. Ya se levanta.

— ¿Y la niña?

— Es muy maja... El jueves la bautizamos. Vino ia abuela de Peñarroya. Nos trajo cosas.

— Di le a tu abuela que mañana iré a verla.

Senta despide al chico en la puerta. Después, empieza a recoger la mesa.

— ¡Otra chica!... La lotería de los pobres... Esa, siempre toca...

De pronto recuerda algo:

— Anda, Tina, mete a tu padre en casa, que ya hace frío... A ver si coge una pulmonía.Lo que nos faltaba... Al perro flaco, todo se le vuelven pulgas...

Da un empujón a la nina, apartándola de la mesa:

— ¿Has oído, chica?... Mete a tu padre,

Tina entre en ia casa, empinando la silla de! paralitico.

Joaquín dice:

— Se me han quedado heladas' las manos.

— ¡Anda, éste!... Como que sopla un ffio, en cuando anochece... Vaya una primavera

Joaquín se frota las manos. Pregunta:

— ¿Hay algo caliente?

— Café ... ¿Quieres que te acueste?

Joaquín golpea con los puños los brazos de la silla.

— ¡A la cama, a la cama!... Ya estoy harto de cama... Voy a pudrirme en la cama.

Senta vacila un poco antes de hablar. Al fin, vuelve la espalda ai hombre, coloca un cazo sobre el hornillo y dice:

— Pues... te acostarán los chicos... Tengo que salir... A lo mejor vengo tarde... Si hay trabajo...

Andrés mira a la madre. Mira al padre. Su madre está vuelta de espaldas, un poco inclinada sobre la cocina. El padre abre la boca como si fuera a preguntar algo, pero no dice nada. Se frota las manos. Después, vuelve a golpear los brazos de la silla. Se muerde los labios.